

La sociología latinoamericana: un testimonio epistemológico

Este ensayo se inscribe en el espíritu de la “*Verstehende Soziologie*”, inculcada por Max Weber, quien junto a Marx sigue siendo la fuente de inspiración de la sociología contemporánea.

Tal espíritu está signado por la idea-guía de que no es posible ni legítimo llegar a ningún conocimiento ni juicio sobre una determinada realidad social sin antes interesarse en las percepciones y los juicios —que hoy día se denominan como el “mapa cognoscitivo” o el “mapa valorativo”— de la gente involucrada en esta realidad.

Esta idea se impone a fortiori cuando, como en este caso, un observador extranjero se acerca a una sociedad que no es propiamente la suya, o sea cuando se trata de países que eufemísticamente son considerados como países “en vías de desarrollo”.

No es posible entonces formarse una imagen de la realidad del subdesarrollo, sin antes formarse una imagen de la imagen que el hombre presuntamente “subdesarrollado” tiene de su propia realidad.

Esta reflexión —de por sí bastante banal— se impone en un momento en que por todas partes y con motivos muy variados está calando la inquietud —interesada o desinteresada— por el llamado Tercer Mundo, el cual según algunos ya dejó de ser tal, ya que una parte de él se está incorporando como una periferia secundaria de los dos mundos —capitalista y socialista— que están asimilando sus estructuras industrializadas; y la otra parte está pasando a ser una especie de Cuarto Mundo que por su pobreza más o menos absoluta parece que se encuentra más “en vías de subdesarrollo” que “en vías de desarrollo”.

Pero aun así, los científicos sociales extranjeros no están aún suficientemente conscientes de que no se puede llegar a un juicio responsable sobre este mundo —y sobre su diferenciación interna— sin adentrarse en el modo de pensar de sus gentes. Ciertamente, los contrastes y contradicciones entre diversas categorías sociales: ricos y pobres, criollos y extranjeros, rurales y urbanos, pudientes y marginados, etc., pueden cuantificarse con una gran variedad de datos; pero desde el punto de vista de las ciencias del comportamiento humano, ellos sólo adquieren interés en la medida que sean percibidos como tales por las personas que forman parte de dichas categorías.

Los ejemplos abundan: si son muchos los extranjeros que no lo-

gran la peculiaridad “subjetiva” del fenómeno revolucionario en un continente que parece reunir todas las condiciones “objetivas” del caso, esto se debe a que su percepción de la realidad social no ha pasado por el filtro de la cultura local. El hecho es que “los seres humanos no reaccionan frente a una situación “objetiva” de la misma manera que las sustancias químicas cuando se las agrega en un frasco de laboratorio. Siempre hay entre la gente y su situación objetiva una variable interviniente, un filtro por así decirlo, compuesto por toda clase de deseos, expectativas y otras ideas derivadas del pasado. Esta variable interviniente, que conviene llamar “cultura”, da paso a ciertos elementos de la situación objetiva, reteniendo a otros”.¹

También son relevantes estas observaciones al darse cuenta de que muchos líderes latinoamericanos insisten en que sus países —“objetivamente” tan semejantes a la mayoría del Tercer Mundo— no deben ser identificados con éste.

LA CONCEPTUALIZACIÓN DEL DESARROLLO

Hace tiempo los economistas fueron los primeros en diseñar procedimientos para la medición del “grado” de desarrollo, enderezados a ubicar diferentes países en una especie de continuo lineal que tuviera su punto de partida en el país menos desarrollado y su punto terminal en el más desarrollado. Con estos procedimientos se han reunido una gran cantidad de indicadores que han podido servir para, al levantar una especie de mapa mundial, por lo menos graficar y visualizar la localización del subdesarrollo. Al observar tales planos se ha podido determinar que la mayoría de los países latinoamericanos ocupa una especie de posición intermedia entre los dos extremos del continuo. En efecto si se seleccionaran variables tales como urbanización, alfabetismo, exposición a los medios de comunicación y participación política como parámetros para medir el grado de “modernización” se podría decir que la mayor parte de América Latina debería considerarse ya hoy como perteneciente al mundo “moderno” y “desarrollado”.

Pero la aparición de nuevas disciplinas científicas —especialmente la de la sociología comparativa— poco a poco fue llevando a la adopción de otro tipo de indicadores que no tardaron en demostrar la complejidad que se escondía detrás de las cifras, toda vez que las ci-

¹Barrington Moore Jr., *Origins of dictatorship and democracy*, London, 1967, p. 485.

fras, si no son —de acuerdo a un libro muy conocido— un fácil expediente para la mentira², constituyen un instrumento débil para detectar lo que hay detrás del cambio social.

Ya a estas alturas ha de estar claro que el "grado" de desarrollo de un país puede ser muy diferente según los indicadores del caso.

Así, por ej., los países latinoamericanos demuestran un grado de urbanización comparable con el de los países más industrializados, quedando sin embargo muy a la zaga de éstos, precisamente en el grado de su industrialización. Y aun si nos limitamos únicamente a estos parámetros, ¿cuál ha de ser el indicador más adecuado? Los países latinoamericanos pueden considerarse como altamente —y aun excesivamente— urbanizados desde el punto de vista físico (por ej., % de la población en ciudades mayores de 10.000 habitantes), pero, ¿lo son también en términos de un auténtico desarrollo urbano (peso de la ciudad primada, posición de las ciudades medianas, relaciones con su hinterland, ordenamiento y servicios urbanísticos, etc.?). Hay países y regiones que pueden pasar por industrializados si la industrialización se mide por el producto de la actividad industrial, pero al tomar el porcentaje de la población económicamente activa ocupada en el sector secundario, el resultado sería muy diferente. Se sabe que si para el conjunto de América Latina la población urbana residente en aglomeraciones de más de 2.000 habitantes pasaba de 29,5 % en 1925 a 46,1 % en 1960, el porcentaje empleado en actividades manufactureras permaneció prácticamente estable, oscilando entre 13,7 % en 1925 y 13,4 % en 1960.³

En todo caso, estas discrepancias han venido a echar dudas sobre la bondad del modelo del continuo lineal y sobre las premisas, inherentes a él, respecto a una supuesta evolución gradual que podría no ser otra cosa que el resultado de ciertas insuficiencias —o incluso prejuicios— a nivel de la sociología del conocimiento. No es este el lugar para plantear una discusión de fondo sobre este problema propiamente epistemológico. Se han hecho ya numerosos intentos tendientes a elaborar conceptos⁴ y tipologías⁵ más sofisticados y más adecuados para tomar en cuenta la variable interviniente a nivel cultural, aunque conviene no desestimar la persistencia del evolucionismo

²C. Wright Mills, *La Imagen Sociológica*, México, 1961, pp. 88 y ss.

³Manuel Castells, *Problemas de investigación en sociología urbana*, Buenos Aires, 1972, p. 109.

⁴Lucian Pye, "The Concept of Political Development", en *The Annals*, vol. 358, march 1965, pp. 1-13.

⁵Gabriel Almond and G. Bingham Powell Jr., *Comparative Politics; A Developmental Approach*, Boston, 1966.

(o más propiamente la aparición de un evolucionismo nuevo estilo)⁶ que puede resumirse con las palabras más o menos aforísticas de Organski: "Puede ser que el mundo no esté necesariamente marchando hacia la monogamia, el cristianismo, la libre empresa y la forma del gobierno bipartidista. Pero ciertamente todo indica que sí está marchando hacia la eficacia industrial y hacia la organización política calcada en el módulo del Estado-Nación".⁷

En todo caso estas discusiones han servido para poner de relieve los aspectos cualitativos del problema. Se sabe ya que la modernización es algo más que el simple repliegue de la tradición y que en el mismo proceso de la transición surgen nuevos patrones donde modernismo y tradicionalismo, particularismo y universalismo se solapan en toda clase de combinaciones inesperadas e ideosincráticas: combinaciones éstas que por otra parte no están ausentes siquiera en los países más desarrollados, como lo atestiguan ciertas incidencias y aspectos aparentemente "atávicos" del proceso político norteamericano que en este sentido no difiere ya tanto del latinoamericano como siempre se había presumido.

Hubo un tiempo en que el relativismo cultural, al salir al encuentro del etnocentrismo implícito en las ciencias occidentales, pudo explicar y justificar las diferencias ideosincráticas entre los países, arguyendo que en verdad no existía ni debía existir un solo parámetro válido para todos ellos, que permitiera medir el relativo grado de "desarrollo" de cada uno de ellos. Con razón se decía entonces que el comportamiento de un determinado país no debería juzgarse con criterios tomados de otro.

Ciertamente, este punto de vista intelectualmente más higiénico, estaba destinado a reconocer el valor intrínseco de las culturas nacionales, pero también ha podido servir para justificar un status quo sumamente degradante para el Tercer Mundo. Lisa y llanamente el concepto del relativismo cultural podría interpretarse en el sentido de que el ser rico o pobre, poderoso o marginado, desarrollado o subdesarrollado, venía determinado por un estado de cosas naturalmente dadas que ningún país sería capaz de superar, lo cual pone en tela de juicio no sólo la viabilidad sino también la propia legitimidad del desarrollo. Desde entonces muchos científicos sociales se han vuelto atrás de esta interpretación extrema, pero se mantiene la idea de que en el camino del desarrollo habrán de surgir muchas variantes, o sea que aparte de distinguir —en la escala vertical— entre países menos y más desarrollados, conviene distinguirlos también —en la escala

⁶H. Hoetink, "El Nuevo Evolucionismo", en *América Latina*, VII, octubre-diciembre 1965, pp. 26-42.

⁷A. F. K. Organski, *The Stages of Political Development*, New York, 1967, p. 4.

horizontal— según los patrones normativos que los rigen. En este sentido se puede decir que más que el nivel de desarrollo per se, lo que hay que tomar en cuenta es la relación y la interacción entre elementos, sistemas y subsistemas al interior de una sociedad.

En semejante perspectiva, donde las nuevas corrientes del llamado análisis “sistémico”⁸ podrían ser de gran utilidad, la problemática del desarrollo latinoamericano podría estudiarse de una manera más fructífera. En efecto se trata de países caracterizados por una cierta *incongruencia* entre su sistema cultural y su sistema estructural. Ciertamente el subdesarrollo de su estructura socio-económica los coloca en el ámbito del Tercer Mundo. Sin embargo, su sistema cultural, heredado de una independencia política tempranamente adquirida, es esencialmente el mismo que el de Europa o de Estados Unidos. Si —recordando la escala “horizontal” arriba mencionada y de acuerdo a las tipologías propuestas por David Apter—, se establece una distinción entre el tipo de un sistema político “reconciliante” y otro “movilizante”⁹, se podría decir que América Latina adquirió, pero en forma prematura, las características del primero, siendo así que estas características no tardaron, precisamente por su precocidad, en entrar en conflicto con un sistema estructural que conservaba todos los rasgos de una sociedad cuasi-feudal. Si el resultado de este conflicto reincidente ha sido una “historia desafortunada”, no se puede dejar de admitir que la historia en aquel entonces apenas pudo ofrecer otra alternativa. Así pues no es quizás el sociólogo pero sí el historiador, el que podría explicar cómo América Latina ha llegado a ser lo que es hoy día: la única región subdesarrollada desde el punto de vista socioeconómico, cuyas élites hayan mantenido su vinculación e identificación con la esfera occidental.

“Se ha producido una internalización de lo europeo en las estructuras ideológicas y valorativas de las minorías educadas de cada país...” y aun en medio de toda clase de hechos revolucionarios “toda promoción a una cultura superior... se hace por una integración en la cultura procedente de Europa”¹⁰. En efecto, no hay duda de que para países que conquistaron su independencia en los albores del siglo XIX, la Europa revolucionaria pudo aún figurar como el símbolo de la modernidad por excelencia, como el único marco de referencia y como único ejemplo de desarrollo digno de ser emulado. Así pues, los protagonistas de la independencia y muchos de sus

⁸David Easton, *A Framework for Political Analysis*, Englewood Cliffs, N. J., 1965.

⁹David Apter, “Political Religions in the New Nations”, en Clifford Geertz (ed.), *Old Societies and New States*, New York, 1963.

¹⁰“Tipología Socioeconómica de los países latinoamericanos”, en *Revista Interamericana de Ciencias Sociales*, volumen 2, Número especial, 1963, p. 277.

seguidores llegaron a consagrar su vida¹¹ —y con ella todo el siglo XIX— a una sola aspiración: implantar los módulos de organización sociopolítica en una sociedad tradicional y aun arcaica que no se prestaba a ello. No hay ilustración más clarividente de este choque entre cultura política y estructura social, entre pensamiento y acción, entre las formas legales y la realidad de hecho, que la inestabilidad política que ha contribuido a la imagen de una América Latina donde la institucionalidad importada de la democracia representativa resulta ser demasiado frágil para poder resistir los exponentes —latifundismo, caudillismo, iglesia y poder armado— de la sociedad feudal.

Al enfocar el problema desde el punto de vista de la historia social, este ya ha sido sintetizado de una forma muy acertada por Jacques Lambert: “Si en el momento de la conquista a través de la implantación del latifundio, se introdujo en América Latina un sistema cuasi-feudal que en Europa occidental ya estaba en vías de desaparecer, se impone en la América Latina del siglo XIX y aun del siglo XX un capitalismo bajo formas ya muy evolucionadas que vienen a chocarse con una sociedad feudal que está aún en pleno vigor; y las dos sociedades han debido llevar una coexistencia agitada pero durable. Dos formas de organización social, dos estadios de evolución que en Europa estuvieron separados por siglos, aparecen en América Latina como contemporáneos”.¹²

Hasta se ha podido decir aforísticamente que en la América Latina uno puede darse con el fenómeno de que “un hombre fuerte manda en base a una constitución formal de espíritu democrático, que una pequeña oligarquía latifundista está al frente de un estado no sin dejar de proclamar vigorosamente los Derechos del Hombre, o que la Iglesia y el Estado están unidos en una forma de gobierno inspirado por los principios de la revolución francesa”.¹³

Son estas las incongruencias que hay que tomar en cuenta antes de considerar la América Latina como una simple extensión ultramarina de Occidente. Ciertamente no falta la similitud entre muchos de sus elementos. Pero muchas veces la función social de estos elementos es

¹¹D. F. Sarmiento, *Life in the Argentine Republic in the Days of the Tyrants or Civilization and Barbarism*, New York, 1961, p. 59: “La naturaleza, el objeto y la finalidad de la Revolución de la Independencia... fueron los mismos en toda América, originados en la misma fuente, a saber el progreso de las ideas europeas. América del Sur persiguió este rumbo porque todas las otras naciones lo perseguían”.

¹²Jacques Lambert, *Amérique Latine, Structures Sociales et Institutions Politiques*, París, 1963, p. 77.

¹³George I. Blanksten, “Political Groups in Latin America”, en Harry Eckstein and David Apter (eds.), *Comparative Politics, A Reader*, New York, 1963, p. 490.

diferente: Así, por ej., la mayoría de las constituciones latinoamericanas, tienen las mismas previsiones y conquistas que las de Europa o Norteamérica. Pero da el caso que —como todas las leyes— la ley fundamental en América Latina tiene más bien la función de ser una declaración de principios o de buenas intenciones que la de ser codificación formal y reflejo jurídico de los cambios que se hayan producido en la estructura social.

El hecho es que América Latina tiene, según los términos acuñados por Sorokin¹⁴, una cultura “ideacional” regida por la idea y la expectativa de que la realidad ha de seguir y cumplir con la ley y no al revés: “Se pensaba que la introducción de la constitución perfecta sería suficiente para que se creara una nación justa, próspera e ilustrada. Si la transformación que se esperaba dejara de producirse, se podría estar seguro entonces que la falla la tenía la constitución y que esta requería una modificación”¹⁵. Cambiar la ley, mas no la realidad, este era el lema de los notables.

En este contexto se podría atribuir a la élite latinoamericana una especie de “esquizofrenia”, en el sentido de que esta élite se deja guiar por un doble marco de referencias que compiten entre sí. El primero se dirige “hacia adentro” y está basado en los principios y normas “mediterráneos” de orden jerárquico y de autoridad absolutista, de acuerdo al rango aristocrático que esta élite venía ocupando en el vigente sistema de estratificación social. Al mismo tiempo, sin embargo —y más así a medida que este sistema ya residual llega a ser sustituido por otro de aparición emergente¹⁶ y más acorde con el avance de la modernización—, esta élite, convertida ya en una categoría dependiente de la metrópoli, ha hecho suya una cultura cosmopolita que la ha alienado de sus propias sociedades “atrasadas”.

En base a este segundo marco de referencia esta élite está orientada “hacia afuera”, e inclinada a interesarse más por lo que ocurre en “el mundo” que por los problemas de sus propios países. No es nada extraño, pues, que José Martí llegara a decir que la América Latina no necesitaba en absoluto de gobernantes empapados con la administración pública de los alemanes o franceses, sino más bien de dirigentes familiarizados con su propio país y su propio pueblo.

Ahí está precisamente la probada vulnerabilidad de esta élite alienada y alienante: su legitimidad como clase gobernante ha venido debilitándose, quebrantada por obra de líderes de origen bien distinto y más vernacular, los que según las pautas del caudillismo crio-

¹⁴Pitrim Sorokin, *Sociological Theories of Today*, New York, 1966, pp. 21-26.

¹⁵Stephen Clissold, *Latin America, A Cultural Outline*, London, 1965, p. 81.

¹⁶L. A. Costa Pinto, *Sociología e Desenvolvimento*, Río de Janeiro, 1965, p. 237.

llo, pretendían interpretar la “voz del pueblo”, o sea la “realidad real”.

EL PARADIGMA OCCIDENTAL

Todas estas consideraciones deben conducir a dejar bien en claro que los países que hoy día se encuentran en vías de desarrollo, están frente a una problemática cualitativamente diferente de aquella que han tenido que enfrentar los países occidentales cuando éstos se encontraban en un “nivel” de desarrollo, por lo demás comparable.

Entre las numerosas diferencias quisiéramos recalcar una: Hoy día los países desarrollados son —como lo han sido siempre— centros emisores de cultura; los países subdesarrollados son centros receptores de cultura. Aun hoy día —y más quizás que en el pasado— las relaciones de poder a nivel mundial son tales que a las naciones llamadas “en formación” se les impone una especie de imperialismo cultural que constituye un obstáculo para que sus dirigentes —intelectuales y políticos— puedan siquiera imaginarse otras vías de desarrollo que no sean las que ya fueron transitadas una vez por las potencias que hoy día se llaman grandes. En efecto, sin engañarse se puede decir que todas las ideologías actualmente vigentes en América Latina —estén éstas dirigidas al mantenimiento del status quo o a su derrocamiento— son y siempre han sido artículos de importación. Y la única que a primera vista parece más vernacular —el populismo— no es en el fondo otra cosa que una respuesta a la inadecuación de estos artículos de importación a las condiciones locales, lo cual explica de paso su carácter inevitablemente híbrido, sincrético y vacilante.

Por nuestra parte queremos detenernos en la otra cara de esta misma medalla, toda vez que este efecto de emulación cultural también ha estorbado la imagen que los científicos extranjeros se han formado del cambio social en América Latina. Vayamos por partes. Siempre en el marco del evolucionismo cultural, se ha querido caracterizar —e idealizar— el surgimiento del capitalismo occidental como un proceso resultante de la Revolución Industrial, determinado e impulsado por la fuerza generadora y la primacía de la innovación tecnológica. En efecto, según esta concepción, es la Revolución Industrial que, habiéndose originado en el campo de la economía y la tecnología, conduce posteriormente a una bien conocida secuencia de cambios a nivel social y político, tales como: desplazamiento de la población activa desde el sector primario a través del secundario, hacia el terciario; migración y urbanización; modificación del patrón

de estratificación y de las clases sociales; y, finalmente, transformación del sistema político y de las formas de gobierno. Se trataba, en síntesis, de un proceso espontáneo desencadenado por fuerzas endógenas e impulsado por el espíritu emprendedor de una "burguesía conquistadora" —el empresario tipificado por Schumpeter y el ascetismo profano "del mundo adentro" reflejado en los escritos de Weber; un proceso que al iniciarse, desconocía su sendero y su meta final.

Ahora bien, en una sociedad económica y culturalmente subordinada como lo es la latinoamericana, la relación entre los componentes de este proceso de transformación como también su secuencia, se produce de una manera bien distinta. El modelo "primario" que acaba de sintetizarse, se sustituye entonces por otro porque el proceso se produce en un continente que de hecho, a través del comercio internacional, ha sido —y sigue siendo en gran parte— un "hinterland" de los centros metropolitanos donde había surgido la Revolución Industrial. En semejante "hinterland" la tecnología no se desarrolla por el espíritu de innovación cumulativa y autofortaleciente de una burguesía emprendedora, ni por ninguna otra fuerza endógena. Se está más bien ante el *resultado final* de un complejo tecnológico, creado en base a una acumulación gradual de innovaciones, inventos, descubrimientos y formas de organización industrial que con anterioridad se han verificado en otras latitudes. Las sociedades que sufren la brusca implantación de este complejo tecnológico —muchas veces en manos de entidades extranjeras— carecen de la oportunidad para adaptarse a la intrusión de este factor exógeno a través de una gradual modificación de su estructura social. Para esta adaptación se requiere más bien un reajuste en gran escala. Así se explica que el papel de la clase empresarial se vuelva secundario y supeditado a los otros fines colectivos que la sociedad persigue y que vienen determinados por el hecho de que los cambios que se requieren no son de índole tecnológica, sino de índole sociocultural. Antes que nada estos países están en la necesidad de llenar el abismo que mide entre la sociedad tradicional y la realidad dada por la intrusión de la tecnología moderna.

Así pues, si existe en América Latina una burguesía, se trata de una burguesía tardía y muy poco a la altura que le prescribe el modelo schumpeteriano. En esta forma están dadas las condiciones para que, en reemplazo de la élite económica, son más bien las élites intelectual, política, burocrática o militar, las que asumen el papel dirigente de una "minoría creadora". En estas condiciones —más quizás que en una supuesta voluntad de poder— radica la preeminencia de estas élites, como también el alto grado de politización que caracteriza el proceso social en América Latina y la vida diaria de sus gentes.

Continuando en el lenguaje de Parsons, se podría decir que en América Latina la jerarquía entre los subsistemas que conforman la sociedad global es distinta. Si en los países industrializados de Occidente, la primacía la ejerce el subsistema económico en cumplimiento de su función adaptiva, en América Latina la primacía la ejerce el subsistema político en cumplimiento de su función de fijar y ordenar los fines colectivos de la sociedad global. No es nada extraño, pues, que las ideologías políticas jueguen un papel tan marcado en las tensiones y los conflictos que hoy día transcurren en América Latina. Ellas no resultan de un supuesto temperamento "típicamente latinoamericano", que el extranjero gusta de considerar como "endémico", sino que responden a la voluntad creadora de las élites intelectuales y culturales, movidas por la búsqueda de una forma de organización sociopolítica más viable y más acorde con los requerimientos de la modernización.

UNIVERSIDAD Y SOCIEDAD

A estas alturas conviene detenerse en algunos elementos que datan de tiempos atrás pero que tienden a resurgir nuevamente. Nos referimos a un elemento en particular que en un ensayo de esta naturaleza merece una mención aparte: la función social de la universidad.

Tradicionalmente esta función ha sido tal que la cultura y la política se encontraban estrechamente unidas. Vale observar, por ej., que fuera de América Latina no hay probablemente país donde la intelligentsia goza de tanto prestigio y peso político.

Recordemos en primer lugar que ya con anterioridad al siglo XIX se había fundado un número sorprendentemente grande de universidades, establecidas en lo que en aquel entonces no era más que una colonia de ultramar. En ellas se formaron las minorías "pensantes" que se comparan en alguna medida con los "philosophes" franceses del siglo XVIII y XIX, pensadores "ilustrados", puestos con un pie en el mundo de las ciencias y con el otro en la arena política.

Aunque pertenecientes, por lo general, a las élites pudientes, muchos de ellos no han dejado de jugar un papel revolucionador en el contexto cultural de aquel entonces. No hace falta detenerse en la imaginación de hombres tan brillantes como Prada, Martí, Rivadavia, Alberti, Rodó, Darío y tantos más, para saber que ellos formaron escuela como "maestros". Su procerato servía no sólo para que fueran venerados como héroes nacionales, sino también para que se hicieran llamar a altos cargos políticos y gubernamentales aunque más bien en virtud de sus méritos espirituales.

Ciertamente, como consecuencia del Movimiento de la Reforma que parte de la Argentina en 1918, la faz de la universidad latinoamericana ha sido transformada grandemente, pero en el sentido que nos interesa en este momento, muy poco ha cambiado. Desde entonces y a pesar de todo lo ocurrido, la universidad no se ha apartado nada de un papel que va mucho más allá de la función que comúnmente se atribuye a una institución propiamente académica. Más quizás que antes, la universidad latinoamericana sigue en su función de ser campo de reclutamiento para el liderazgo nacional —con una base social que no se ha ensanchado mucho— y centro que une la reflexión ideológica a la acción política.

En consideración a ello —y notándose que también en Europa y Norteamérica está en marcha un proceso similar tendiente a poner universidad y ciencia al servicio de la colectividad de la cual se habían alienado— es bueno recordar que los latinoamericanos “subdesarrollados” nos han precedido en este camino; ilustración de más de que el subdesarrollo es antes que nada un concepto cualitativo que no deja de ser muy relativo. Los nuevos problemas que hoy día afectan la calidad de la vida en la sociedad de masas y la necesidad —también ahí— de someter la expansión tecnológica al control social, muestran alguna coincidencia con lo que los países latinoamericanos y subdesarrollados en general ya habían venido enfrentando con anterioridad.

Este es el marco histórico y funcional en medio del cual se desenvuelve la sociología latinoamericana. Hay que conocerlo porque ya es hora de abandonar la absurda pretensión de que la ciencia social —por más desarrollada y universal que ella quiera presentarse— pueda escapar al contexto cultural que le ha servido de cuna. Nadie querrá dudar que la sociología europea es diferente de la norteamericana y también la latinoamericana tiene su tónica y sus características propias. Se podría decir que en el caso de América Latina ella está relacionada con un ethos cultural que remonta quizás al pensamiento escolástico y al resurgimiento posterior de éste en su versión neotomista. Ha habido también una herencia —de origen latino e hispanista— que con toda probabilidad ha sido responsable de un doctrinarismo un tanto pertinaz y que ha estorbado un enfoque más pragmático y secularizado en el ejercicio de la ciencia y de la vida espiritual. Por otra parte está el hecho de un mayor apego a la liberalidad y al humanismo —lo que los ingleses llaman “latitudinarianism”— que lo pudo ofrecer la cultura de la madre patria.

Ha sido el argentino Gino Germani —que algunos consideran como una especie de eminencia gris al estilo parsoniano— quien, al trazar la evolución histórica de la sociología latinoamericana, la divide convenientemente en una serie de etapas subsiguientes. Primero, una fase

presociológica por así llamarse, contenida entre los años de la independencia y la segunda mitad del siglo XIX; luego el reconocimiento de las credenciales académicas de la sociología y su incorporación en la educación universitaria; posteriormente —alrededor de los años cincuenta— un movimiento de renovación vinculada a las corrientes dominantes de la sociología americana y europea; quizás se podría añadir, desde los años 60, el período actual que está culminando en la búsqueda de una sociología que vuelva nuevamente a sus orígenes de ciencia crítica y comprometida.

LA ETAPA PRESOCIOLOGICA

En esta primera fase los “clásicos” se ocupan primordialmente de los problemas inherentes a la construcción nacional, no tanto en el sentido más amplio de “nation-building” que está en boga hoy día, sino en el sentido más estrecho del derecho político y del derecho internacional.

Impulsado por la tardía liberalización de la Corona española, el intento por transformar las antiguas colonias en países soberanos dotados de una administración viable, moderna y eficaz —que era la pretensión declarada de las élites revolucionarias inspiradas por las ideas de la Enciclopedia, las Luces, la Revolución Francesa y Americana—, resultó fallido casi por todas partes.

Frustrado este ejemplo de pensamiento “ideacional” y ya en la conciencia de que estas pautas normativas requieren de una adaptación ultramarina, surge entonces el interés por la nación, ya no como concepto jurídico, sino como entidad propiamente social. Se produce el enfrentamiento entre, por una parte, los portavoces del realismo social defensores de lo autóctono, y, por la otra, aquellos que en medio de la contraposición entre el pueblo y la gente bien, entre los analfabetas y las clases letradas, entre el campo y la ciudad, se colocan del lado de la segunda alternativa. Sarmiento cree que se trata de dos fuerzas irreconciliables: civilización y barbarie, posiciones que en políticas se enfrentan bajo lemas tales como patriotismo e internacionalismo, conservatismo y liberalismo que siguen vigentes durante la mayor parte del siglo XIX. Si aquí se trae a colación el nombre del argentino Carlos Octavio Bunge, es más bien para no mencionar los otros muchos que se preocupan por las “nefastas” consecuencias que la mezcla de razas de origen mediterráneo, indio y americano, podrían tener para la edificación de la nacionalidad. Surgieron las voces a favor de una “europeización”, condición que se creía indispensable para que

las colonias liberales se volvieran gobernables, lo cual, bajo el lema de "gobernar es poblar", explica la activa política inmigratoria adoptada por más de un país de la región.

Claro está que en esta primera fase la sociología apenas pudo ser otra cosa que una derivación más o menos bastarda de la filosofía social; y parece bastante significativa la costumbre de aquel entonces de denominarla por el término *sociosofía*. En los escritos de ese tiempo cuya presentación apenas se distinguía del ensayo literario, predominaba el espíritu polémico, el enfoque contemplativo, la discusión especulativa, la moralidad política y la visión utópica, siempre en el marco dado por la estética románticista de una "sociología de la nación" de alcance típicamente vernacular.

Sus autores, aparte de considerarse como pioneros de la sociología, venían de las disciplinas más alejadas y variadas que uno puede pensar: de la geología y la etnología, hasta la filosofía y la poesía.

La búsqueda de una forma de gobierno republicano y democrático a despecho de un carácter popular que parecía resistirla, contribuyó a que la sociología diera sus primeros pasos bajo la égida de la ciencia política y la del derecho público.

LA SOCIOLOGÍA DE CÁTEDRA

No es raro, pues, que en la segunda fase que se abrió alrededor del inicio del siglo xx con el reconocimiento de su status universitario, la sociología llega a formar parte de las instituciones de educación superior al precio de una vinculación directa —que de hecho aun hoy día sigue siendo una supeditación— a las facultades filosóficas y jurídicas. Siempre dentro del *pensum* de estas facultades la sociología representa una especie de "introducción propedéutica en las ciencias sociales", circunstancia que se explica también por el hecho de que, estrechamente vinculadas con las humanidades estas eran precisamente las facultades con la más larga tradición en la formación de los cuadros administrativos e intelectuales que las élites latino-americanas requerían para su mantenimiento.

Como suele ocurrir —aun hoy día— con la mayoría de los cargos universitarios, el de "profesor" en ciencias sociales representaba más un símbolo de status que una labor de especialización propiamente profesional. Son muchos los profesores que ocupan este cargo marginalmente e incluso en razón de otros méritos públicos y de responsabilidades que no tienen nada que ver con la formación académica.

En resumidas cuentas, este período no llegó a superar la tradi-

ción típica del *tratacismo*, de una sociología de cátedra que si bien ratifica la institucionalización de la enseñanza superior en ciencias sociales, seguirá limitándose a una inculcación enciclopédica y magisterial del conocimiento existente. Se ofrecían antologías y *capita selecta* como joyas cuidadosamente escogidas de la literatura europea; y no hay duda de que para muchos “profesores” la llegada del correo era una cuestión de vida o muerte que podría ser decisiva para una clase bien preparada y bien dicha.

El afán de mantenerse al día asegura, desde el mismo inicio, una gran receptividad para las ideas que Auguste Comte como fundador de la sociología había desarrollado desde Europa. Y no deja de ser característico el hecho de que el pensamiento comtiano, que implica el pase de la metafísica al positivismo científico, tardó muy poco tiempo en encontrar su aplicación en la esfera de la política y de la administración pública, llegándose al extremo casi anecdótico de que el Brasil —más papista que el papa en este caso— hizo inscribir el lema comtiano de *Ordem e Progresso* en su propia bandera nacional. Quizás sea más significativo —y de mayor importancia— el caso de México —que no dejó de emularse en otras partes— donde el autócrata Porfirio Díaz se rodeó de la flor y nata de los llamados *Científicos*, calificación ciertamente ilustrativa de un grupo selecto de hombres intelectuales comprometidos con la idea, prestada del pensamiento de Comte, de que la inferioridad cultural de la nación sólo podría superarse a través de una dictadura racionalista, representativa de una supuesta “voluntad colectiva” y abierta al ejemplo de la disciplina industrial y del progreso tecnológico generosamente ofrecido por otros países ya más desarrollados. La ilusión tardó algún tiempo en defraudarse pero, llegado el momento, el porfiriato fue derrumbado en forma dramática con la revolución de 1910 que no sólo destruyó los fundamentos de la sociedad mexicana —ya restaurada entretanto por la “oficialización” del proceso revolucionario— sino que también en otras partes de América produjo una aguda inquietud reflejada en la ansiosa búsqueda de nuevas orientaciones ideológicas. Agigantada por la crisis de los años 30 que le servía de acicate, los círculos intelectuales y políticos pasan por una gran convulsión que produce muchas ideas nuevas y revolucionarias.

El estudio de aquella época es verdaderamente fascinante por la aparente emergencia de las nuevas generaciones que se abren camino para forzar una transformación del tipo que por primera vez se denomina como “estructural” y con un alcance que pretende ir más allá de los países respectivos para fundirse en un movimiento de reivindicación continental. Hasta se puede decir que, al comparar con la misma distancia intelectual impuesta por los hechos históricos, la crisis política de los años 30 con la de los años 60, la primera

constituye una amenaza mucho más seria y real para el orden establecido que la de hoy día. En efecto, parece ser que el impacto derivado a nivel continental por la revolución mexicana, ha sido mucho mayor, a pesar de todo, que el de la revolución cubana.

Es forzoso admitir, sin embargo, que, hablando en políticas, las generosas ideas revolucionarias de los años 30 y después, se quedaron cortas y hasta truncadas en un comportamiento real de signo puramente populista.

LA SOCIOLOGÍA METROPOLITANA

Sólo a partir de los años 40 y 50 se puede hablar, si se quiere, de un renacimiento que se celebra en medio de un importante cambio en las relaciones políticas internacionales, y muy probablemente gracias a él.

Es el momento en que Europa, gravemente debilitada como consecuencia de la Segunda Guerra Mundial, deja de servir para la América Latina como marco de referencia por excelencia al ceder su lugar a los Estados Unidos. Frente a esta nueva potencia, la América Latina, como la mismísima Europa, es sometida a un innegable servilismo intelectual que se expresa a través de una especie de autoincriminación de inferioridad frente al recién adquirido prestigio y la agresiva expansión de las nuevas corrientes que acaban de surgir en el mundo de las ciencias sociales norteamericanas, y que se sirve de varios puntos de enlace para establecer su relación hegemónica con el Sur.

Viene en primer lugar el énfasis a favor de la investigación empírica, estimulado por el llamado "conductismo" (behaviorism), y resultante también de la cada vez más creciente especialización profesional. Este enfoque empírico parte del postulado de que el acontecer social sólo puede percibirse por la recolección de "datos duros" (hard facts) sobre las manifestaciones "reales" del comportamiento humano, mediante una variedad de procedimientos estadísticos y otras técnicas cuantitativas. La "nouvelle vague" también trajo un cambio en el sentido de que en contraste con la idea del "arte por el arte" de tiempos atrás, los sociólogos se volvieron más "operacionales" e interesados, más que en una labor de pura contabilidad social, en la posibilidad de influir en los mecanismos de control social, especialmente por intermedio de las instituciones públicas. Hasta se puede decir que después de los economistas que tradicionalmente han tenido una mayor vocación en este sentido, también gran parte de las nuevas

generaciones sociológicas se apresuraron —quizás demasiado— en comprometerse con el reformismo desarrollista recién vigente, poniéndose al servicio de varios gobiernos y partidos políticos inscritos en esta doctrina característica de la postguerra que llegó a recibir un apoyo apenas velado por parte de los Estados Unidos.

Se da el caso, en fin, que las universidades existentes no estaban bastante preparadas en términos de recursos humanos y materiales para soportar la carga de los nuevos mecanismos, métodos y equipos de investigación de creciente complejidad. Si a esto se añade el hecho de que muchas de estas investigaciones aplicadas, si no todas, se iniciaron más bien en el marco de los recién inaugurados programas de ayuda y cooperación internacional, se comprenderá que la tendencia ha sido la de establecer fuera de las universidades una variedad de nuevas instituciones y equipos especializados, generalmente auspiciados por entidades extranjeras o internacionales. Dejando aparte el gran número de iniciativas acometidas en cada uno de los países, conviene mencionar entre las instituciones de alcance continental el Centro Latinoamericano de Investigación en Ciencias Sociales con sede en Río; y su equivalente a nivel docente, la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales establecida en Santiago.

LA SOCIOLOGÍA CRÍTICA

Desde hace más o menos 10 años está madurando una nueva sociología que constituye a todas luces una reacción contra la anterior y una respuesta al fracaso del reformismo desarrollista que ha sido su aliado. Es una reacción comprensible y justificada, tanto más cuanto que últimamente la conciencia de encontrarse en una situación prerrevolucionaria se había agudizado considerablemente, sobre todo como consecuencia de la Revolución Cubana que creó una especie de desafío a la imaginación de los científicos sociales de la región entera incluyendo los propios Estados Unidos, donde, en medio de una repulsa generalizada, surgieron las voces más bien simpáticas de investigadores tan calificados como Wright Mills, Paul Baran, Sweezy y varios otros, sin hablar de colegas europeos de la talla de Paul Sartre, Charles Bettelheim, René Dumont, Michel Gutelman, Hugh Thomas.

No se podrá negar que la sociología latinoamericana se había enriquecido considerablemente gracias al breve interregno del empirismo que logró por lo menos superar las limitaciones del intuicionismo rudimentario. Pero no se podrá negar tampoco que el empi-

rismo —que no admite otro conocimiento que no sea el que procede de la experiencia— una vez llegado a un determinado nivel de refinamiento y de sofisticación, siempre corre el riesgo de degenerar en la esterilidad del empirismo. Y hay que darse cuenta de que son precisamente los países en vías de desarrollo donde se cae más fácilmente en esta esterilidad mucho más que en los desarrollados, ya que el empirismo al partir de la experiencia como base del conocimiento sólo puede partir de la experiencia habida, no de la experiencia por haber. Ésta, que es la que más interesa a los países en vías de desarrollo, por no ser realidad aún, queda expresamente excluido del enfoque.

Por otra parte no puede haber duda de que los métodos de la investigación empírica obligan forzosamente a importantes limitaciones temáticas, toda vez que ellas, salvo muy contadas excepciones, no pueden abarcar sino problemas y unidades de análisis de menor magnitud. Ciertamente no hay necesidad de referirse a ninguna especie de “susceptibilidad latina” para, sin embargo, sostener el punto de vista de que más allá de cierto límite, la investigación empírica y sus requisitos en cuanto a precisión cuantitativa puede convertirse más bien en un estorbo para el avance de la ciencia (aunque, por supuesto, lo mismo puede decirse del antiempirismo).

En efecto, las limitaciones técnicas inherentes a los métodos empíricos pueden conducir a que se va obteniendo un conocimiento cada día más exacto sobre problemas que desde el punto de vista social —y por ende sociológico— son cada día menos relevantes. Se produce entonces la sensación de que los problemas fundamentales —el cambio social, por ej.— se van perdiendo de vista, escapándose de paso a cualquier juicio valorativo y praxeológico, ya que problemas que no se perciben científicamente dizque tampoco existen socialmente, y por ende no requieren solución.

La preocupación y el malestar en torno al empirismo toma aire de convertirse en suspicacia y desconfianza cuando se trata de las premisas que sirven de sustento a gran parte de la sociología norteamericana y —aunque en menor grado— la europea. Muchas de estas premisas —reales o imaginarias —tienen que ver y están estrechamente relacionadas con las teorías que se han ido formando en base a la tradición del estructural-funcionalismo y el análisis llamado “sistémico”.

En el marco teórico constituido por esta tradición los futuros módulos sociales que se den los países que hoy día se encuentran “todavía” subdesarrollados, no podrán ser esencialmente distintos a los que ya fueron alcanzados por los países desarrollados de hoy, no dejándose lugar alguno para la reflexión sobre otro tipo de módulos alternativos y más acordes con la idiosincrasia de cada uno de los

países en cuestión. Para mayor facilidad se vuelve pues —como si se tratara de un nuevo evolucionismo— a reducir el concepto del desarrollo a nociones tales como “modernización”, “crecimiento”, “maduración”, asociadas a la idea —abiertamente admitida por un autor tan prestigioso como Karl Deutsch— de que “en el curso del desarrollo esos países comienzan a asemejarse cada día menos a Etiopía y más a los Estados Unidos”¹⁷. En aquellos puntos donde los países subdesarrollados se apartan de la norma prescrita por el tipo desarrollado, se los concibe y define como “negativos” y “disfuncionales”. Aun si esta concepción no equivale a una racionalización de la superioridad del mundo desarrollado, en todo caso ella se ha venido imponiendo con un etnocentrismo importuno, vejatorio y perfectamente parroquial.

Tomemos el caso de la fermentación ideológica que transcurre en la América Latina y que hasta hace poco contrastaba tan vivamente con la desideologización propia de la sociedad consumista en la etapa postindustrial. Cuando uno, imbuido de los valores tomados de semejante sociedad, se acerca al estudio de otros países, por ningún motivo se puede caer en la tentación de descalificar sus hechos ideológicos como elemento “disfuncional” o como una especie de primitivismo casi patológico. Un efecto de cortocircuito se hace entonces inevitable, tanto más cuanto que en los propios países industrializados se está registrando por lo menos a nivel de la intelligentsia, una convulsión mental que obligaría a reconsiderar la tan publicitada tesis de “la muerte de las ideologías”.

“Hoy día se nos dice constantemente que en Occidente las ideologías están muertas, que se han agotado las pasiones del pasado; y que ya no existe la disposición de enfocar la política como si se tratara de tomar decisiones sobre grandes problemas ideológicos. Ya no interesa declararse partidario de un determinado sistema, ni librar una batalla con el enemigo sobre cualquier planteamiento; más bien se nos presenta como gente “razonable”, “incrementalista”, y fastidiada con los ajeteos ideológicos de ayer. Si esto es así, estaremos seriamente fuera de onda con el ambiente que rige en América Latina, porque ahí las ideologías siguen en su papel de siempre, manteniendo la gente en su puño, e impulsándolas a acciones que tienen importantes efectos —positivos y negativos— sobre el crecimiento económico”.¹⁸

En este contexto la teoría del estructural-funcionalismo es la que

¹⁷Karl W. Deutsch, “Social Mobilization and Political Development”, en Harry Eckstein and David Apter, *op. cit.*, pp. 583-584.

¹⁸Albert O. Hirschman, “Ideologies of Economic Development in Latin America”, en Albert O. Hirschman (ed.), *Latin American Issues: Essays and Comments*, New York, 1961, pp. 35-36.

ha sido responsable de muchos equívocos, incomprendiones y malentendidos. Ocurre que esta teoría concibe un sistema social como un conjunto de relaciones integradas que apenas permiten un cambio en sus estructuras y funciones, o que sólo lo permiten en la medida de que contribuye a restablecer el equilibrio que sirve de fundamento al sistema y que lo justifica. Si los latinoamericanos son los que más necesitan de una verdadera teoría del cambio social, el estructural-funcionalismo se presenta precisamente como una especie de racionalización teórica o aun una justificación ideológica del no-cambio, del status quo,

El hecho es que el cambio, enfocado de esta manera, se concibe de inmediato como el germen para la destrucción del orden establecido, del equilibrio y de la integración de funciones y estructuras que constituyen su fundamento.

El cambio entonces se identifica como "negativo" y —nuevamente— "disfuncional". Se produce el cortocircuito entre, por una parte, los teóricos occidentales y "desarrollados" afectos a la tesis de que al acelerar el cambio una sociedad va camino a su desintegración y a la destrucción de sus "redes conjuntivas" y, por otra parte, los sociólogos latinoamericanos convencidos de que sus países sólo podrán salvarse de una ruina inminente, si se deciden a un acelerado proceso de profundas transformaciones.

Esta incriminación no deja de tener también sus sesgos. Por nuestra parte creemos que la censura popular en el sentido de que el estructural-funcionalismo sencillamente "no sirve" para el estudio del cambio social, aparte de ser algo injusta, revela por parte de los censores una falta de imaginación y creatividad. Es injusta porque, admitidas todas sus deficiencias y limitaciones, no existe hoy por hoy ninguna otra teoría que tenga las mismas potencialidades explicativas que podrían ser aprovechadas mejor si los censores pusieran a trabajar su propia imaginación para, en vez de aferrarse a las banalidades consabidas, llenar la brecha entre la teoría y la realidad que ella pretende cubrir. No hay razón para suponer que el marco en cuestión sea más estático que otros, supuestamente más dinámicos. Precisamente la quiebra de una estructura básica o de alguna de sus funciones puede explicar perfectamente bien la emergencia de una transformación revolucionaria.

Estas reflexiones serían incompletas si no se dejara constancia del hecho de que las corrientes marxistas también han contribuido considerablemente a la situación de malestar que hoy día ya nadie puede negar. Desde la división de los dos campos opuestos establecidos a nivel del mundo desarrollado entre Este y Oeste —división que tiende a desvanecerse por la aparición de otra división más fundamental entre Norte y Sur— se sostiene la tesis de que en fin de cuentas el

subdesarrollo no es más que una estación intermedia donde uno forzosamente tiene que pasar para alcanzar El Dorado, sea éste burgués o proletario. Ya el camino está trazado de antemano. Sólo se puede escoger entre la vía de la evolución marxista, las etapas del crecimiento anticomunista a la Rostov, o la de la modelística ya más sofisticada que últimamente viene a ser propuesta por la sociología y la ciencia política norteamericana: todos son modelos del tipo "dejà-vu", cuyo determinismo paradigmático tiende a ahogar en flor la creatividad de los pueblos subdesarrollados que les sirven como sujetos de experimentación.

En el campo de la cooperación internacional estas condiciones se encuentran perfectamente reproducidas en un programa tal como el de la Alianza para el Progreso, el primero que se suponía inspirado en una filosofía de desarrollo con bases "científicas".

El programa estuvo —porque de hecho dejó ya de existir— orientado más que por la prestación de ayuda, por una transferencia ideológica de conceptos sintetizados en ese enfoque típicamente americano de la "ingeniería social" y encaminados a crear condiciones más favorables para una forma de industrialización que debía hacer viable la evolución hacia un ordenamiento de la sociedad latinoamericana según los moldes socialdemócratas de occidente. Para alcanzar esta meta se consideró necesario el gradual reemplazo de las fuerzas semif feudales del campo a través de una reforma racional de la agricultura, fortaleciendo en cambio las nacientes "clases medias" y la nueva burguesía, así como también los partidos políticos representativos de estos estratos. El alarmante crecimiento demográfico —se hablaba precisamente de una explosión— debía ser desacelerado porque la espiral de las expectativas crecientes provocada por aquél no podría tener sino consecuencias disfuncionales.

Para contrarrestar la agitación revolucionaria impulsada por una marca de movilización social que amenazaba con sumergir el sistema político, se propuso la construcción de una especie de "rompeolas" a través del establecimiento de las organizaciones campesinas, la sindicalización de la clase obrera, la profesionalización de las fuerzas armadas y la racionalización de la administración pública.

Este ambicioso programa —comparable en sus proyecciones al plan Marshall instituido para la reconstrucción de Europa— no tardó mucho en fracasar. Sin duda este fracaso ha hecho tambalear también las premisas filosóficas que constituían su fundamento.

Así, pues, se ha llegado en América Latina a un dilema que curiosamente también está haciendo su reaparición en muchos países desarrollados: el dilema entre, por una parte la "neutralidad objetiva" y, por la otra, la "normatividad subjetiva" de la ciencia.

No se trata por de pronto de una división en dos campos contra-

puestos. El dilema está más bien en que en el fuero de su conciencia el sociólogo latinoamericano se ha hecho ambivalente: los que se han formado en la tradición típicamente occidental de una ciencia que pretende ser "objetiva", tropiezan en los resultados de esta misma ciencia —y especialmente en las teorías que tienen relevancia para los problemas de sus países— con una multitud de juicios valorativos y presupuestos normativos, generalmente implícitos.

Pero aun dejando esto aparte, su confrontación con la crisis social que sufre su entorno hace realmente difícil escaparse de un conflicto de conciencia cuando se trata de establecer prioridades entre, por una parte, un compromiso profesional —y por ende estrictamente científico— y, por la otra, un compromiso social —y por ende político.

Hace algunos años, cuando el Congreso Latinoamericano de Sociología, celebrado en México en 1969, este conflicto de conciencia fue planteado repetidamente sobre todo por parte de aquellos sociólogos que, como el colombiano Orlando Fals Borda, se creen en la obligación moral de ceder su reputación establecida a lo largo de una bien merecida trayectoria de imparcialidad, a favor de una sociología "comprometida": "No hay duda de que América Latina está pasando por una crisis sin precedentes. Se trata de una confrontación radical, en que todos los latinoamericanos están comprometidos, por omisión o por comisión. El investigador no puede escapar a ella y no puede por eso permanecer neutral. El que permanezca neutral se pone al servicio del status quo... El sociólogo está ante un dilema o bien sigue en el marco del equilibrio estructural, la investigación empírica de rutina y la recolección de datos sobre temas irrelevantes; o bien se decide por el desequilibrio y el conflicto. Esta última posición parece más acorde con los tiempos críticos que estamos atravesando y ella podría rendir sus frutos, tanto desde el punto de vista político, como desde el punto de vista cognoscitivo."¹⁹

Llegado a este punto parece más que oportuno abrir un amplio paréntesis para rendir cuenta de cómo este dilema viene dando lugar a dos interpretaciones radicalmente distintas de la realidad latinoamericana.

Fijémonos primero en el hecho de que la propia palabra subdesarrollo está siendo progresivamente eliminada del vocabulario corriente, para ser reemplazado por conceptos tales como marginalidad, dependencia, sumisión, colonialismo interno, que pretenden indicar más que un determinado grado de avance o retraso, una determinada configuración estructural tanto hacia adentro como ha-

¹⁹Orlando Fals Borda, "La crisis social y la orientación sociológica", en *Aportes*, N° 15, enero 1970, pp. 66 y 69.

cia afuera. Incluso se puede decir que la propia denominación "desarrollo" tiene ya un significado casi peyorativo, habiéndose desprestigiado por su asociación con el enfoque desarrollista de la problemática latinoamericana.

Básicamente el desarrollismo equivale a una especie de positivismo actualizado, que en última instancia se reduce a la idea típicamente "incrementalista" de promover la irradiación de las fuerzas de la modernización —hasta ahora constreñida en los pocos centros urbanos ya "desarrollados"— para que ellas al expandirse como una especie de "mancha de aceite" puedan ir alcanzando el sector tradicional, especialmente en el campo. Se trata de una noción morfológica enfocada hacia un supuesto "pase" de un tipo de sociedad a otra más "avanzada", de residual a emergente, sin pararse en el hecho de que estas dos sociedades, por el hecho de coexistir en un mismo espacio-tiempo comparten toda clase de vínculos y características que no permiten considerar una como "desarrollada" y la otra como "subdesarrollada". Las dos no son sucesivas, sino simultáneas y mutuamente dependientes.

Por otra parte la idea de que la tradición poco a poco irá cediendo su lugar a las fuerzas de la modernización se ve refutada por el hecho de que estas conexiones e interacciones pueden dar lugar a formas nuevas de tipo sincrético que resultan ser bastante perdurables. Si bien existen ciertos elementos que parecen confirmar la validez de las proyecciones desarrollistas, hay otros tantos que hacen sospechar que el problema es bastante más complejo que esto. Se da el caso por ej. de que relaciones familiares, formas de organización política y estructuras productivas de carácter típicamente tradicional y preindustrial, siguen manteniéndose en las ciudades más modernas y cosmopolitas del continente, cosa difícil a no ser que haya de por medio una "función latente" que permite su mantenimiento. Por otra parte nos encontramos con unas clases medias, supuestamente representativas del sector moderno, las cuales, no obstante, se vienen acomodando con sorprendente facilidad al estilo de vida que se consideraba exclusiva de los estratos aristocráticos de antaño. Hoy por hoy no existe prueba alguna de que estos "remanentes", que con toda seguridad interesan más al sociólogo que al economista, hayan de desaparecer "gradualmente" por arte de magia desarrollista o por algún automatismo inherente al crecimiento económico. Podría ser que no estemos ante fenómenos "transitorios" sino que se trata de elementos "estructurales" que no pueden ser aislados de los sistemas existentes, porque la funcionalidad de éstos está basada en aquéllos.

Veamos el caso de la marginalidad que es el término que hoy día se usa para referirse a un problema que de por sí no es nada nuevo,

pero que sí amerita un nuevo nombre por haber cambiado el cristal sociológico con que se lo mira: el problema de las muchedumbres mayoritariamente migrantes que la espiral de las expectativas crecientes ha hecho venir a las grandes ciudades donde se produce un proceso de hacinamiento masivo en las barriadas que el lenguaje oficial suele denominar eufemísticamente como asentamientos urbanos no regulados. Hoy día el sociólogo que después de las primeras aproximaciones culturalistas que aún pueden encontrarse en los trabajos de DESAL²⁰, habla de marginalidad, lo hace con toda probabilidad o bien en el marco de la teoría funcionalista, o bien de la teoría marxista de la "pauperización". Es curioso que ambos enfoques tan conocidamente contrapuestos en otros sentidos, permiten interpretar el problema ya no como una falla transitoria de adaptación integrativa por parte de los pobladores, sino como un elemento inevitable e inherente a la estructura misma de un sistema de capitalismo subdesarrollado y dependiente, sistema que no puede funcionar sin servirse de los asentamientos urbanos no regulados para así suministrar un refugio a su "ejército de reserva".

Así, pues, la inversión de los términos del problema indica toda una revolución de sus parámetros cognoscitivos. De hecho se ha llegado a una sustitución de la teoría del dualismo por la de la dependencia.

En la primera teoría —que remonta a la tesis que el holandés Boeke había formulado en sus estudios sobre las llamadas "economías orientales"—, la modernización en América Latina se ve impedida o estorbada por el hecho de que se trata de sociedades fragmentadas, divididas entre dos sectores excluyentes que constituyen algo así como dos países en uno y que se conciben como dos sistemas autosuficientes. Entre los dos no existe relación o en caso de existir se trata de una relación disfuncional. El primero es urbano y moderno con una economía que funciona acorde con el principio del mercado, con un sistema de estratificación abierta y multiclasista típica de una sociedad industrializada, con un proceso político calcado en la democracia pluralista y una cultura que refleja los valores de las clases medias, orientados por el prototipo de los países altamente desarrollados. Ahora bien, se parte de la idea de que el sector urbano-industrial no puede lograr un mayor avance en su ritmo de desarrollo debido a que éste tiene que "remolcar" la pesada carga del sector rural que se resiste a ello. Si a pesar de todo se verifica algún avance del primer sector —denominado como el "centro"— este avance se consigue a *pesar de* la resistencia del segundo denominado como "periferia".

²⁰Véase especialmente DESAL, *América Latina y Desarrollo Social*, Buenos Aires, 1964.

Así pues, la política de desarrollo tiene que estar encaminada a fortalecer el sector moderno superando la resistencia del sector tradicional, tendencia esta que se supone en todo caso inherente a la evolución "natural" del crecimiento tecnológico en general y del capitalismo en particular.

Si esta teoría ha dominado por largo tiempo el pensamiento latinoamericano, las recientes críticas en contra de ella se originan en el hecho de que en este marco no se puede rendir cuenta de toda una serie de relaciones que existen y que no es posible escamotear con el argumento de un rasgo transitorio o residual. Habría que investigar y por vía empírica no sólo la yuxtaposición de los dos sectores al interior de cada uno de los países, sino también, ya al nivel de los países como un todo, sus relaciones externas con los centros de poder económico y político a nivel internacional. La tesis que hoy día está ganando terreno es la de que estas relaciones son de índole neocolonial e imperialista tanto en su dimensión interna, como en su dimensión externa.

Respecto a la dimensión interna parece efectivamente muy difícil sostener la tesis de que ciudad y campo constituyen dos subsistemas autosuficientes, desprovistos de cualquier vínculo económico, político o cultural. Aun sin ahondar en el problema esta tesis podría refutarse con el simple hecho de que en el marco del Estado-Nación los dos sectores comparten una trayectoria de independencia y de identificación nacional de más de un siglo y medio. Por otra parte el conocido efecto de demostración que las ciudades, alimentadas por los modernos medios de comunicación masiva, están difundiendo por todas partes, ha logrado ya una intensidad que no puede dejar de afectar por lo menos las expectativas y el comportamiento aun de las más remotas poblaciones rurales. Aunque muy poco se sabe todavía sobre la dimensión económica del problema, ya se han desarrollado ideas sumamente estimulantes, aunque de poco contenido empírico todavía, que tienden a interpretar la relación ciudad-campo como una especie de colonialismo interno.²¹

Esta dimensión interna vendría completada por otra externa, en el sentido de que la parte moderna y urbana de América Latina —lejos de constituir una entidad autónoma y autosuficiente— más bien está actuando como una entidad satélite, como una correa de transmisión de las economías altamente industrializadas gracias a los tres papeles que le ha tocado desempeñar en su evolución histórico-estructural: primero en la comercialización de sus exportaciones tradicionales; luego en la industrialización sustitutiva de sus

²¹José Nun, "Superpoblación relativa, ejército de reserva y masa marginal", en *Revista Latinoamericana de Sociología*, 1969.

importaciones; y finalmente en el proceso de concentración tecnológica y de asimilación cultural.²²

En su versión más radical²³ esta teoría "dependentista" sostiene la tesis de que los países latinoamericanos —lejos de haber tenido jamás una estructura feudal— cayeron desde el inicio mismo de la conquista española bajo la égida del capitalismo mercantilista de aquel entonces, siendo así que las "burguesías nacionales" que surgieron posteriormente no han tenido sino un papel de intermediarias, a través del cual las fuerzas explotadoras de afuera, pudieron llevar a cabo su penetración en estas sociedades, llegando a "funcionalizar" hasta el sector latifundista de apariencia más feudal, en los moldes del capitalismo mundial.

No es difícil imaginarse las posibles derivaciones sociológicas, ni hablar de las consecuencias políticas de esta teoría: el dualismo se reduce a un concepto estrictamente fenomenológico y que de hecho es sustituido por una concepción cuasi-dialéctica o histórico-estructural. Esta nueva concepción —lejos de implicar una yuxtaposición entre el sector rural-agrario y el sector urbano-industrial— más bien al contrario tiende a vincularlos. Concretamente, el desarrollo del sector urbano-industrial genera el subdesarrollo del sector rural-agrario y se alimenta de él. En pura lógica la conclusión no es difícil. A medida que, de acuerdo a la pauta desarrollista la parte urbano-industrial de la sociedad latinoamericana siga su marcha, sólo podrá producirse un mayor subdesarrollo de la "otra" parte.

Si se aceptara la lógica de esta tesis, toda clase de problemas toman un cariz totalmente distinto: la marginalidad, la relación entre las clases sociales, la distribución del ingreso, el problema agrario, la segregación étnica y ecológica, los patrones familiares, las estructuras productivas, etc., considerados hasta ahora como elementos disfuncionales típicos de una sociedad fragmentada y dualista, de repente aparecen como cumpliendo un papel verdaderamente "funcional".

En breve, el "centro" se está modernizando y sólo podrá modernizarse, no a *pesar de* la periferia, sino *gracias* y a costa de ella.

Para los que detectan en este modelo "alternativo" la influencia del pensamiento marxista o de alguna de sus variantes, no es tampoco difícil sacar las consecuencias propiamente políticas. Si, como premisa y conclusión lógica de la teoría dependentista, no existe —ni ha existido jamás— una estructura feudal, sino sólo una es-

²²Pablo González Casanova, "Internal Colonialism and National Development", en Irving Louis Horowitz, Josué de Castro, John Gerassi, *Latin American Radicalism*, New York, 1969, pp. 118-140.

²³André Gunder Frank, *Capitalism and Underdevelopment in Latin America*, Penguin Books, 1971.

estructura agraria que se encuentra plenamente integrada con el capitalismo internacional a través de una relación de explotación "funcional", entonces la primera tarea debe consistir no en la abolición del feudalismo, sino en la destrucción del capitalismo. Dicho en otras palabras más sencillas y directas: el desarrollo económico y social podrá lograrse mediante un socialismo categórico "hic et nunc".

No es este el lugar —ya lo hemos dicho en otra oportunidad— para una crítica hermenéutica de este enfoque que se ha venido popularizando con demasiada superficialidad y que a pesar de su calificación histórico-estructural, revela de vez en cuando una pasmosa ignorancia histórica no sólo de la génesis del capitalismo sino también de toda clase de hechos que serían empíricamente verificables. Por otra parte en la medida de que estas nuevas posiciones epistemológicas vayan al encuentro del pensamiento hasta ahora dominante, especialmente en la sociología norteamericana, aparece de vez en cuando un efecto de paranoia, mezclada de xenofobia.

En su integridad, sin embargo, el movimiento no está en un plan de hacer tabula rasa o de rechazar sistemáticamente todos los conocimientos que se han acumulado a partir de los clásicos de la sociología internacional. Lo que sí es cierto —y justificado además— es un esfuerzo por deshacerse de un empirismo que en la selección de los problemas por investigar se deja guiar no por la relevancia del problema en sí, sino por las limitaciones impuestas por los métodos y técnicas de investigación existentes. Con esto se está sin duda ante una encrucijada que en las palabras de Merton tiende a dividir los sociólogos en dos categorías: los "teóricos" que, al finalizar su investigación dirán: "Estas son mis conclusiones, no sé si son ciertas, pero sí sé que son relevantes; y los "empíricos" que dirán: "Estas son mis conclusiones, no sé si son relevantes, pero sí sé que son ciertas". Nos ocurre que en América Latina, la primera categoría es la que deberá hacer las mayores concesiones.²⁴

Si la "nueva sociología" revela una orientación teleológica en el sentido de tener la mira puesta en la finalidad de transformar los sistemas latinoamericanos por obra de una inevitable revolución social, no hay duda de que en parte se trata de un retorno —muchas veces inconsciente— al pasado.

So pena de hablar en trivialidades, podríamos decir que ha vuelto el marxismo, pero en forma rejuvenecida, con más frescura e imaginación.

Ciertamente en América Latina el pensamiento marxista no es de hoy o de ayer. Como suele ocurrir con tantos otros elementos de la cultura "metropolitana", las periferias se adhieren a ellos con más

²⁴R. Merton, *Social Theory and Social Structure*, Illinois, 1949, p. 83.

insistencia que la propia metrópoli. Hasta se puede decir que en estas latitudes el marxismo muy pronto llegó a tener una popularidad intelectual que nunca ha tenido en la Europa que ha sido su cuna, cosa explicable también por las condiciones de una sociedad que, estando en la tangente entre feudalismo y capitalismo, constituye un campo más fructífero para la interpretación marxista que para la sociología "burguesa". Es más: ya en aquellos años, renombrados intelectuales y políticos locales no tardaron en condicionar el marxismo ortodoxo a una serie de variantes determinadas por la necesidad de "americanizar" el modelo y adaptarlo a las condiciones locales. Tal es el caso de la famosa tesis aprista según la cual desde el punto de vista de un país subdesarrollado, el imperialismo no es la última, sino más bien la primera fase del capitalismo; tesis ésta que, dicho sea de paso, ha producido gran confusión entre los movimientos de avanzada, toda vez que, siendo el imperialismo enemigo número uno, la lucha de clases en contra de la burguesía representativa del capitalismo nacional, se ha venido relegando a un segundo lugar, si no es que ella se ha abandonado completamente a favor de una convivencia en el marco de un movimiento policlasista.

En todo caso se puede decir que esta búsqueda de una interpretación propia y autóctona del cambio social, está surgiendo nuevamente hoy día, especialmente por parte de aquellos que, habiendo tomado la debida distancia frente al marxismo vulgar y "de partido", siguen convencidos —no obstante— que la sociología de desarrollo no podrá cumplir ni social, ni científicamente, con su cometido sin una apreciación, crítica y positiva a la vez, de este marco teórico, siguiendo en este sentido la trayectoria señalada por otros heterodoxos tales como Hilferding, Gramsci, Luxemburg, Lukacs, Althüsser y otros.

Cabe advertir, por otra parte, que también hay un retorno a los antepasados "precientíficos" que dieron vida a la primera generación de la sociología latinoamericana. Por esta vía estamos de nuevo ante una situación en que resulta harto difícil distinguir el estudio sociológico del tratado filosófico o aun del discurso propiamente ideológico. Nuevamente nos tienta la voz de sirena del ensayismo político y de la retórica destinada a la tribuna pública. ¿Debe ser este motivo de perdón o de disculpa? No lo creemos. Aun dejando de lado el hecho de que es esta una tentación que las comparten las nuevas promociones sociológicas latinoamericanas con las del mundo entero y que por consiguiente no hay en eso ninguna característica específicamente regional, sería necio negar que semejante concepto del ejercicio de la ciencia social, puede tener —y ha tenido— sus méritos: lo que hoy día se conoce como una especie ya superada de especulación espiritual, podría calificarse igualmente con el título

de honor de lo que Wright Milles ha definido como "la imaginación sociológica"²⁵, cuya contribución a la heurística, al diseño hipotético y a la formación teórica ha tenido méritos extraordinarios.

DEPENDENCIA Y COLONIALISMO ACADÉMICO

Pero hay otros motivos que justificarían un mayor realce de la sociología latinoamericana. El hecho es que la singularidad que esta área reviste en el conjunto del Tercer Mundo ha servido para que muchos sociólogos extranjeros la hayan escogido como su coto de caza de mayor preferencia, debido a que en esta área se da la afortunada conjugación de una tradición cultural de signo occidental, con la desafiante problemática del desarrollo.

Pero precisamente el hecho de que la América Latina parece prestarse tan perfectamente a una aplicación de la sociología que ha alcanzado su auge en los países desarrollados, ha de constituir motivo de preocupación. Y es que, en virtud de lo que hoy día se denomina como "colonialismo académico", se ha llegado a la paradójica situación de que los científicos ubicados en el extremo Sur y subdesarrollado del eje mundial, se vienen esforzando por mantenerse al corriente del estado de la ciencia en el Norte, sin que haya una actitud correspondiente en el sentido inverso. Incluso se puede ver la curiosa circunstancia de que los primeros llegan a cruzarse las armas sobre la cuestión de cómo los grandes maestros norteros —desde Marx hasta Marcuse— deben ser interpretados. Este plan de guerra exegética donde las citas —y sólo las citas— son los gritos de combate, a veces da la impresión de que en América Latina se dedica más energía a pensar sobre la sociología que a ejercerla: parece ser que ya no es la sociedad sino la ciencia de la sociedad, la que se ha convertido en su objeto de estudio.

Si hay en todo esto un producto de la emulación cultural propia de una situación neocolonial, parte de la culpa le corresponde también a las modalidades que toman los proyectos de investigación introducidos desde afuera. Hasta ahora la pauta general de estos proyectos ha sido la de buscar una verificación de un conjunto de hipótesis, tomadas de ciertas teorías sociológicas que proceden de los países desarrollados pero que, por esta misma circunstancia podrían no tener un gran significado para la América Latina. Lo que suele inducir a un extranjero a proyectar su investigación en América Latina, es el deseo de confirmar o rechazar estas teorías. La cuestión

²⁵C. Wright Mills, *The Sociological Imagination*, New York, 1959.

que le interesa primordialmente es la de saber si América Latina se conforma a *su* modelo.

Muchos de estos proyectos entran en América Latina en una etapa de preparación ya muy avanzada, si es que no llegan totalmente prefabricados, quedando como única tarea la de recoger y llenar los datos. Si hay por parte de los sociólogos locales algunos que llegan a interesarse por el proyecto, su vinculación suele ser tan supeditada y marginal que apenas llegan a desentrañar de lo que se trata. Por otra parte también la evaluación y la interpretación del material suelen hacerse en el extranjero.

Entre los muchos efectos onerosos de esta situación quisiéramos subrayar dos que hace poco tuvieron la suerte de ser objeto de una ponencia académica.²⁰

En primer lugar no deja de tener consecuencias el hecho de que la investigación llamada "de campo" cuenta con una tradición mucho más sólida en disciplinas establecidas tales como la etnología y la antropología que en las ciencias sociales más nuevas. Es dable, pues, suponer que este desequilibrio ha llevado al extranjero una imagen un tanto sesgada de América Latina, en el sentido de que tienden a ponerse de relieve las fuerzas tradicionalistas del sector rural, que es el ámbito por excelencia de este tipo de investigación, con el consiguiente descuido de las fuerzas del cambio que se mueven en la ciudad, que sólo recién comienza a atraer el interés de las nuevas corrientes y disciplinas.

Por otra parte no existe todavía conciencia clara de que la participación local en las investigaciones que los extranjeros lleven a cabo, no es sólo una cuestión de cultura elemental o de buenos modales, sino sobre todo un requerimiento de primera necesidad y de pura eficacia. El que haya podido familiarizarse con el estado y la calidad de los estudios latinoamericanos —especialmente en las universidades europeas— ya debe haber llegado al convencimiento de que gran parte de estos trabajos sería completamente superflua, si los autores hubieran tenido la sabiduría y la oportunidad de hacer un inventario previo de los conocimientos que los propios latinoamericanos ya han acumulado con anterioridad sobre el tema en cuestión o temas relacionados.

Resumiendo la situación de hoy día, lo más corriente es que los resultados de estas investigaciones son archivados en las bibliotecas especializadas de las universidades metropolitanas, no sin antes haber sido galardonados con algunos títulos doctorales. Si se tiene la buena suerte de que la publicación llegue al alcance del público la-

²⁰A. E. van Niekerk, *Populisme en Politieke Ontwikkeling*, Universitaire Pers Rotterdam, 1972 (de próxima publicación en inglés).

inoamericano —aunque generalmente en otro idioma distinto al español o al portugués y siempre por vías comerciales —el círculo que puede tomar conocimiento de ellas, es en todo caso muy restringido.

Si con estas consideraciones en la mente, se habla hoy día de un tal “colonialismo académico”, este se refiere al hecho de que América Latina está exportando a muy bajo precio datos sociológicos que están siendo elaborados en el extranjero y cuyo producto final no puede ser rescatado sino con muy considerables esfuerzos. Si conviene aquí esta analogía con los términos del intercambio, la situación es doblemente lamentable. Primero porque ella implica un elemento de explotación “científica”; y luego porque, al dejar de aprovechar los valores de la sociología latinoamericana, pasando por alto la obra ya realizada, se llega a una grosera subestimación de sus capacidades.

Si fuera posible aislar el factor de la dependencia cultural, no habría razón ya para semejante desconsideración. Cabe observar que en las numerosas ideas que hoy día agitan la “crisis emergente de la sociología occidental”²⁷, ha habido un importante aporte —no suficientemente reconocido todavía— por parte de los sociólogos latinoamericanos, que, al introducir desde su trinchera regional, una aproximación dialéctica al fenómeno de la dependencia y del cambio social, han sido los primeros en cuestionar el predominio de las corrientes positivista y fenomenológica.

Su mayor insuficiencia radica quizás en no haber logrado superar el alcance elitista y por ende limitativo impuesto por la sociedad que la rodea. Es esta una sociedad donde no sólo el bienestar material sino también los bienes inmateriales de conocimiento y de cultura están muy mal distribuidos. No se puede dudar que los que son privilegiados por el acceso a la educación universitaria, constituyen en América Latina una minoría sumamente reducida, que procede mayormente de los estratos medios y superiores. Por otra parte la muy deficiente organización de las universidades y su dependencia a nivel de facultades, no sólo constituyen un mal en sí, sino que tienden a crear una situación de monopolio científico, donde sólo algunos individuos sobresalientes y celosos de no compartir sus conocimientos con otro, pueden subir a grandes alturas de prestigio. Es simplemente imperdonable que aún en medio del avance de las nuevas promociones en ciencias sociales, se siga manteniendo la misma distancia entre “maestros” y “discípulos” con la misma veneración y condescendencia del pasado.

²⁷A. W. Gouldner, *The Coming Crisis of Western Sociology*, London, 1971.

POST SCRIPTUM

Aunque las consultas documentales que han servido de base para este trabajo, datan de algún tiempo atrás²⁸, son pocos los retoques que harían falta para reflejar el estado actual de la sociología latinoamericana a través de sus escritos más recientes. Pero los tiempos están cambiando rápidamente, y el reencuentro del autor con la viva voz de los latinoamericanos, le induce a creer que está a punto de producirse un giro de gran significación que aún no se ha vertido en la literatura formal y que por eso mismo es aún difícil de medir en toda su magnitud. Parece ser que estamos ya ante un nuevo tipo de cientista social que, al mantener su postura crítica frente al orden establecido, no por eso se compromete ciegamente con todas las consignas en contra de éste. Este tipo, al abogar *sine ira et studio* por una apreciación más ponderada de la realidad social imperante y de toda la complejidad de ésta, podría llevar —o mejor dicho volver— al axioma “profesionalista” de que no deben confundirse los juicios valorativos con la labor científica. Inspirado por una mayor humildad ante los hechos, como bien lo apunta Henriquez Cardoso²⁹, habría que abandonar entonces muchas ideas fijas, que a pesar de haber sido sostenidas a lo largo del último decenio, en fin de cuentas no resisten una fría observación de la cambiante realidad. Así, por ej., la noción típicamente “dependentista” de que el capitalismo dependiente simplemente no tiene porvenir debido a la inevitable gestación de un contingente marginal que le priva de su mercado interno, parece contradicha ya por la reciente evolución de países tan prósperamente capitalistas como Brasil, Venezuela y México, apuntalados precisamente por una burguesía local que según la teoría debió desaparecer desde hace mucho tiempo. Por otra parte la dificultad de moldear este contingente marginal de acuerdo al popular concepto de las clases sociales, se explica muy probablemente por el hecho de que el régimen económico vigente logra crear canales y expectativas de una movilidad social ascendente que impiden las condiciones para la aplicación de semejante concepto. Por otra parte la idea de que el crecimiento del sector urbano-industrial lleva necesariamente a un mayor subdesarrollo del cam-

²⁸Estas consultas se refieren concretamente a la antología sobre *Sociología y cambio social en América Latina*, preparada por el autor en 1972 para la Rotterdam University Press.

²⁹Conferencia pronunciada en Fundacomún, 3-4-1974.

po, responde más a un primitivo concepto fisiocrático y populista que a la observación de una realidad tecnológica y cultural mucho más compleja, que hace imposible desconocer la paulatina transformación del campo con toda su secuela de una expansión progresiva de elementos urbanos o industriales, incluyendo el surgimiento de una formación tan típicamente moderna como el proletariado rural, reclutado del viejo campesinado.

Es muy posible que el próximo decenio estará signado por una mayor disposición de abandonar estas enraizadas concepciones esencialmente populistas a favor de un análisis más frío, más sofisticado y más ceñido a la realidad de Latinoamérica.